

CASTILLOS DE FUEGO

Ignacio Martínez de Pisón
Barcelona, Seix Barral, 2023

Finalizada nuestra guerra civil «después de la guerra —como dice el escritor bosnio Velibor Colic— no llega la paz. Llega la ira, la tristeza, la enfermedad, el duelo y el odio. Incluso en tiempos de paz, la guerra sigue siendo una cosa viva, algo que sigue respirando. El proceso de sanación siempre es muy largo. En lo individual como en lo colectivo, se dan tres pasos adelante y luego dos hacia atrás. Hay que vivir día a día».¹

Estamos en la ciudad de Madrid, en los años de la inmediata postguerra (1939-1945) Muchos luchan por salir adelante. La vida está marcada por el hambre, la pobreza, la miseria, el estraperlo. Hace un frío enorme. Hay mucho miedo, cualquiera es-puede ser- sospechoso, todo el mundo denuncia al otro. Reina la inseguridad, la venganza, el rencor... En ese duro ambiente de postguerra, el escritor Ignacio Martínez de Pisón construye su novela *Castillos de fuego*. Los protagonistas son unos personajes variopintos, reales, demasiado reales. Como, por ejemplo, Eloy, un joven tullido que trata de salvar de la pena de muerte a su hermano que está encarcelado; Alicia, que trabaja en un cine como taquillera; un profesor universitario que está afrontando un doloroso proceso de depuración que le inhabilitará para seguir dedicándose a la docencia; Matías, un falangista que se dedica a la venta de objetos requisados; o Valentín, que es capaz de cualquier vileza con tal de hacer olvidar su militancia republicana. Y también otros muchos que sobreviven como pueden.

Martínez de Pisón, a partir de una sólida documentación, nos introduce, con toda naturalidad, en unos años que, aunque parecen cada día más lejanos, por más que se intente, no han dejado de existir. Somos el país de la desmemoria. Hemos perdido la ocasión de condenar a los responsables de los crímenes de la dictadura franquista, porque no somos capaces de ponernos de acuerdo ni siquiera en un relato, mínimamente consensuado de nuestro pasado inmediato. Por eso resulta tan difícil impulsar una reflexión sobre el impacto de la dictadura franquista en nuestra sociedad. Eso, como decía Tony Judt —citando a Hannah Arendt— representa el auténtico *problema moral del mal*. «Apenas —escribe— hemos dejado atrás el siglo XX, pero sus luchas y sus dogmas, sus ideales y sus temores ya están deslizándose en la *oscuridad de la desmemoria*. Evocados constantemente como «lecciones». En realidad, ni se tienen en cuenta ni se enseñan. Pero esto no es sorprendente, porque el pasado reciente es el más difícil de conocer y comprender». ² Creo que la última novela de Ignacio Martínez de Pisón va en la dirección de poder evitar ese terrible *deslizamiento* en la oscuridad de la desmemoria.

1 Alex Vicente: Velibor Colic «Bebí para ahogar mis penas, pero aprendieron a nadar», Madrid, Babelia, El País, 2 de diciembre de 2023: 8-9.

2 JUDT, Tony, *Sobre el olvidado Siglo XX*, Madrid, Taurus: 2008.

Dos tumbas en Alicante

Por ejemplo, Martínez de Pisón rememora el traslado de los restos de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange Española, que fue fusilado en Alicante el 20 de noviembre de 1936. José Antonio, tras la ejecución, fue enterrado en una fosa común en el Cementerio de Alicante junto con otros fusilados, la fosa número 5, fila 9, cuadro 12. En dicho camposanto ocupó dos tumbas, ya que, a los pocos días de la victoria del bando sublevado, al acabar la guerra civil, el 4 de abril de 1939, José Antonio fue trasladado a un nicho con todos los honores. Su cadáver permaneció allí unos meses, hasta que el 19 de noviembre de 1939, Franco ordenó su traslado al Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

El traslado del féretro desde Alicante fue realizado a pie a hombros de falangistas que se iban turnando día y noche y que tardaron diez días en completar los 500 kilómetros. Posteriormente, en marzo de 1959, una vez concluida la construcción del que fue el gran mausoleo franquista, el Valle de los Caídos, hoy renombrado, Cuelgamuros, Franco ordenó el traslado de los restos de José Antonio, y fue depositado a un lugar de honor de la basílica, en el altar mayor, bajo una lápida con una cruz y con el nombre de José Antonio. Su periplo se cerró 87 años, con la última exhumación y la inhumación en el Cementerio Sacramental de San Isidro de Madrid, lugar escogido por la familia.

Hasta aquí la estricta crónica histórica, pero para esta reseña nos interesa como se refleja este acontecimiento en la novela. Merece la pena detenerse un instante, y seguir, aunque sólo sea brevemente, el relato:

Eran cuatro los motoristas. Llegaron a la curva de la destilería y se detuvieron a esperar, cruzados en mitad del pavimento. De lo alto del silo colgaba una pancarta con la efigie de José Antonio y la palabra PRESENTE en letras muy grandes.³ La había puesto al mediodía un grupito de flechas, que ahora, medio dormidos y muertos de frío, se arracimaban en torno a una hoguera. Un jefecillo de Falange los espabiló a gritos:

—¡Vamos, vamos! ¡Ya están aquí!

Los chicos corrieron a formar delante del único muro que quedaba en pie del almacén. El servicio de orden, integrado exclusivamente por falangistas, ocupaba el borde de la carretera.

Valentín, en segunda fila, alargó el cuello. Creyendo que era buen sitio, se había situado en un apartadero de ganado. Ahora comprendía que se había equivocado. Desde allí no vería llegar al cortejo hasta que lo tuviera justo delante. Echó a andar en dirección a las primeras casas. Subidas a un murete de piedra que marcaba el lindero entre dos campos había unas niñas de expresión afligida. Se puso junto a un grupo de campesinos que apretaban la boina entre las manos.

Los motoristas, entretanto, habían vuelto a adelantarse. Pasaron unos minutos y,

3 MARTÍNEZ DE PISON, Ignacio, «Castillos de fuego», Barcelona, Seix Barral, 2023: 9-14.

por fin, se hizo visible el indeciso resplandor de los faroles. Unos sacerdotes con casullas blancas acompañaban la cruz alzada que encabezaba el séquito. Todos, a su paso, contuvieron el aliento conmovidos.

Luego, de forma casi unánime, levantaron el brazo para recibir el féretro, que venía una veintena de metros por detrás. Estaba colocado sobre dos largas andas y cubierto por una bandera de Falange. Cargaban con él dieciséis jóvenes que desafiaban el frío con sus camisas desabrochadas y sus mangas recogidas hasta el antebrazo.

Valentín observó el paso de los portadores, de movimientos cortos pero rápidos, las rodillas apenas flexionadas, las suelas pegadas al terreno como si lo estuvieran midiendo. En el silencio de la noche se distinguía perfectamente el sonido agitado de sus respiraciones. El jefe de ruta, también con la camisa arremangada, caminaba en paralelo diciendo a media voz:

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha...

Se oyó entonces una breve serie de sollozos que desembocó en un agudo chillido. Las niñas del murete, dominadas por la emoción, lloraban a lágrima viva. Las madres, sin ocultar su satisfacción, acudieron a consolarlas mientras los jefes de centuria que seguían al féretro las observaban comprensivos. Detrás de ellos avanzaban los hombres que debían efectuar el relevo. Una escuadra de jóvenes con faroles y otra con los fusiles apuntando hacia abajo, a la funerala, los separaban del siguiente grupo, uno de los más numerosos del cortejo. Valentín buscó con la mirada a Revilla, que no podía andar muy lejos. Lo reconoció por sus andares levemente bamboleantes, los hombros caídos, la cabeza gacha. Como había órdenes de respetar en todo momento un riguroso silencio, solo se atrevió a susurrar su nombre:

—¡Don Matías...!

El hombre, que acababa de llevarse un pañuelo a la boca, le saludó con la mano libre. Valentín se unió a la marcha y fue poco a poco abriéndose camino para llegar hasta él.

—¿Qué tal anda tu madre?

—Sigue muy desanimada, don Matías. Comprenderá usted que...

Les interrumpió el estruendo de las salvas de ordenanza. Las campanas de la iglesia empezaron a doblar a muerto. Alguien desde la cabeza del cortejo dio la orden de mantener las distancias. —Galapagar —murmuró Revilla, deteniéndose. El centro del pueblo quedaba a la derecha, detrás de una línea de viviendas modestas con emparrados en la entrada. De algún lugar llegaban vaharadas de olor a granja. Revilla aprovechó la pausa para examinar el pañuelo, sucio de sangre. —Avitaminosis —dijo—. Tengo las encías podridas.

—Lo siento mucho. —¡Bah!

—¿Alguna novedad sobre el estanco?

El otro se las arregló para elevar el tono sin subir la voz:

—¿Cómo tengo que decírtelo? Hay miles de viudas con más merecimientos. Valentín agitó la cabeza, pesaroso, y Revilla remachó:

—Miles no: ¡millones! Reemprendieron la marcha con lentitud, pero enseguida volvieron a parar. Los sacerdotes rezaban un responso ante una cruz de flores. Un centenar de metros más adelante se había erigido un inmenso arco del que pendían

grandes colgaduras con crespones negros y la fórmula de ritual: ¡JOSÉ ANTONIO, PRESENTE! A un lado del arco, un coro de la Sección Femenina entonó un salmo: De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam... Al otro lado aguardaban las autoridades locales, que tenían previsto sumarse al cortejo y llegar hasta El Escorial. (...)

Los portadores reiniciaron la marcha y, con ellos, el resto de la comitiva, cada vez más numerosa: las patrullas motorizadas y las escoltas de uniforme, la cohorte de religiosos, las autoridades, los camaradas, la caravana de camiones y vehículos auxiliares. Cerraba el cortejo una variopinta multitud que se había ido sumando a su paso por Madrid. Al llegar al repecho de un pequeño puente, Valentín se volvió a mirar a esa oscura masa de gente. Eran hombres y mujeres de toda edad y condición. Se diría que no existía un solo español que no quisiera estar en ese momento allí, acompañando los restos del gran líder hasta la que debía ser su morada definitiva. Revilla sacó de nuevo el pañuelo y buscó una esquina que no estuviera manchada.

—¿Quiere el mío, don Matías?

—Dame, hijo.

Se enjugó ceremoniosamente la sangre de las comisuras. Tras examinar el resultado con gesto aprobatorio, le devolvió el pañuelo haciendo algún remilgo.

—¿Se ha fijado en las iniciales bordadas? —dijo Valentín—. Son las de mi padre.

—¡Qué buen hombre fue! Si no hubiera sido por...

—Aquí Revilla bajó la voz—. Te recuerdo que tenía carné de la UGT. Y tú... ¡de las juventudes comunistas!

—Nos cogió la guerra en el lado equivocado. Eso fue todo.

—Bueno, no volvamos a hablar de eso.

—¿Pero nos va a ayudar o no, don Matías?

—¿Fuiste a ver al comisario?

—Le di una lista completa de nombres y direcciones.

—Tendrás que hacer algo más. Esa gente no puede estar en la calle como si tal cosa.

—Yo ya dije que haría todo lo que estuviera en mi mano.

—¿A cuántos han detenido gracias a ti?

—No sabría decirle...

—Te lo digo yo: a ninguno. —Y, para que no hubiera dudas, silabeó—: Nin-gu-no».

Como vemos, el escritor va intercalando muy acertadamente unos diálogos entre los múltiples protagonistas de la novela que representan, sobre todo, las inquietudes y las angustias de los vencidos, sufridas después una durísima guerra fratricida, porque después de la guerra no llegó la paz. Creo, en este sentido, que la novela

Castillos de fuego supera los límites meramente literarios y se convierte en una auténtica crónica vital que refleja las peripecias de unos hombres, cuyo único combate se reduce simplemente en sobrevivir. Es una novela muy dura. Es sincera, valiente y sin contemplaciones.

Se trata de un honesto ejercicio de memoria histórica: es el sincero testimonio de que, a pesar de la potente propaganda elaborada por el régimen sobre los famosos «*Años de Paz*», la guerra civil continuó traumatizando la vida española, muchos años después del 1 de abril de 1939, hasta prácticamente después de la muerte de Franco. Un trauma que probablemente perdura todavía en la actualidad.

Estructura de la novela

Libro primero: noviembre de 1939 a junio de 1940

Libro segundo: julio a diciembre de 1941

Libro tercero: abril a octubre de 1942

Libro cuarto: septiembre de 1943 a marzo de 1944

Libro quinto: febrero a septiembre de 1945

Ficha bibliográfica

Castillos de fuego

Ignacio Martínez de Pisón

Barcelona Seix Barral

700 páginas

22,90 euros

ISBN 978-84-322-4168-0

El autor

Ignacio Martínez de Pisón, nació en Zaragoza en 1960 y reside en Barcelona desde 1982. Es autor de más de quince libros, entre los que destacan las novelas *La ternura del dragón* (1984), *Carreteras secundarias* (1996), *El tiempo de las mujeres* (2003), *Dientes de leche* (2008), *El día de mañana* (2010), *La buena reputación* (2014) *Derecho natural* (2017) *Fin de temporada* (2020) y *Castillos de fuego* (2023). También ha publicado los ensayos *Enterrar a los muertos* (2005) y *Filek. El estafador que engañó a Franco* (2018) y el libro de relatos *Aeropuerto de Funchal* (2009). Entre otros galardones recibió el *Premio Nacional de Narrativa* en 2015 por su novela *La buena reputación*. Su obra está traducida a una docena de idiomas.

Juan José Morales Ruiz

Historiador y exprofesor-tutor del centro asociado a la UNED en Calatayud